

LOS ESPAÑOLES PINTADOS POR SI MISMOS

HAY en Madrid un grupo de verdaderos intelectuales, y de verdaderos ricos, y de verdaderos refinados, y de mundanos verdaderos, que viven como en el destierro. En todos los países, la minoría privilegiada no hace sino marchar a la cabeza de los rebaños de la muchedumbre. Entre nosotros acaece al revés. El pueblo y las gentes excepcionales se divorciaron, porque la plebe se obstinó en no despertarse de su modorra, en tanto las diversas aristocracias han doblado su espiritual curiosidad.

El pecado a base de belleza, talento y lujo, naturalmente, forma en la fila de los desterrados a causa del lujo, el talento



piñolillo las lágrimas que corrían libres por su rostro. Dijo la señorona:

—Cae usted providencialmente...—aquí el nombre del cronista—. Ayúdeme usted a convencer a esta tonta... Le estoy diciendo que *se lance*... Se le pasa el tiempo... ¿Su padre qué es? ¡Un mamarrachista de escultor! ¿Y su madre? ¡Una loca! ¡Y ni un céntimo en casita! Yo le aconsejo que atienda a ese inglés de la Embajada... *Lánzate*, ¡y nosotros te ayudaremos...!

A los dos meses, la infeliz víctima aceptaba el yate que le ofreció uno de sus adoradores. Murieron ya la linajuda dama y el revistero tan célebre. El diputado hace de Poncio Pilatos, vulgo gobernador civil, en una provincia de primera clase; sus cabellos se tornaron blancos. Vive también la protagonista de mi verídica historieta, y en cuanto a sus cabellos, mantienen aquella su negrura, acaso ahora pecan por demasiado negros...

¿No habéis asistido jamás a la tertulia de la aludida *yacht-woman* o de otra cualquiera *morganática*? Consentedme una breve evocación. Es en el comedor de una divorciada, que era muy rica, que la arruinó el marido, y que se unió con un marqués enormemente acaudalado. Hay una mesa castellana y de nogal, siglo XVI. Las sillas guarnecen el asiento con unos almohadones de damasco escarlata. Bajo nuestros pies se extiende una estera levantina de esparto amarillo. La opulencia argétea de la vajilla muéstrase sobre un arcón gótico, admirable reliquia de museo. Cuelgan de los muros un retrato de escuela inglesa, estilo Reynolds, y cerámica arcaica talavereña. Más damasco púrpuro en el balcón. Cruza el tablero un aspa de rosas y crisantemos, entre las bujías, con sus pantallas, que parecen gnomos. El conjunto, un poco arbitrario, revela la exquisitez y la in-



o la belleza, y ya que alcanzó la maldición a las *morganáticas*, no me permitiría yo nunca excluirlas del corro de los elegidos cuando llega el instante de las compensaciones. Y no olvidemos que las *morganáticas* desempeñan una misión educadora.

No se engañe nadie pensando que el vocablo *morganáticas* conserva aquí su legítimo sentido de esposa cuyo rango no alcanza al del marido. La cortesía y el ingenio aplicaron la palabra a las amantes de los grandes señores. Desde luego, no a toda amante del millonario o del duque. La chula o el animalito de color de rosa que se redimieron de la mancebía, del taller, por caprichosidad de un enamorado poderoso, pertenecen a una categoría ínfima, aunque les traigan los sombreros de la *Rue Royale* y las retraten los elegantísimos pinceles de Anselmo Miguel Nieto. La *morganática* pudo ser la millonaria o la duquesa legal; pero estorbaron su bello sueño la pobreza propia y la del espíritu en los demás, las circunstancias. Señoritas arruinadas, viudas y *Princesas Bébé* de la burguesía, he ahí el plantel de *morganáticas*. Escuchad una anécdota en que intervienen la mujer de un presidente del Consejo de Ministros, un ilustre escritor que se distinguió pergeñando revistas de salones, un diputado y una de las españolas más interesantes desde la Restauración a nuestros días. El literato llevaba al diputado a la casa de la dama insigne, y ambos la hallaron en la *serre* y en compañía de una muchacha adorable, que apenas oyó a los intrusos, precipitose a secar con un fino

quietud de la dueña de la casa. Acomódanse los tres fracs, y preside la *morganática*, que ya adquirió la melancolía, y en su piel, el nácar del otoño, y que conserva de su primavera los brazos aporcelanados, y de su estío las pupilas de agua de mar. Luce un descotadísimo vestido goyesco. Una cinta negra en el cuello y dos perlas alongadas en los lóbulos, al amparo de las patillas de gitana. Semeja el pelo un cuervo con las alas extendidas, un cuervo que atravesaron las púas de la afiligranada peina monumental.

Sirve la comida una doncella ahilada, quebradiza, en su traje de gasas oscuras que transparentan sus carnes juve-



niles. Uno de los fracs, el más viejo, se encandila mirando a la muchacha. Y no pasan de ahí las manifestaciones eróticas de la reunión. En el *potage* se ha hablado de teatros, y no varió el tema hasta que el marqués, descansando de chupar un espárrago, refiere un episodio de la guerra, y luego se platica acerca del espiritismo, y resulta que la *morganática* ha sido una de las reinas con Felipe II, Ana de Austria. El tercer frac es un poeta joven, y ha brindado a la amiga un racimo de uvas.

—Gracias... Pero me da pereza ir arrancando los granos uno a uno... Me ocurre lo mismo cuando quieren presentarme gente nueva... ¡Ya tengo pereza de todo!

Quédase el poeta con el racimo, y *madame* alárgale su diestra en compensación. Y el vate besa la epidermis suavísima, por encima de la piedra negra montada en platino. Después es la humareda de los cigarrillos, en torno del recién traído encendedor, con su llama diabólica...

¿Y el pecado? Por buen tono, el pecado ya no peca. La *morganática* no suele ser viciosa, y, en último caso, sus vicios consisten en practicar las virtudes de las grandes damas de la sociedad. Seduce la aventura a la esposa legítima, y, en cambio, a la *morganática* interésanle los claros y armoniosos placeres del *home* a la manera británica. También el *sport* y las artes. ¿Cómo definir, cómo *psicologar* las *morganáticas*? ¿Quién osará definir una mujer, y una mujer de lujo? La *morganática* es eso, una mujer de lujo,